

www.elboomeran.com

LOS PAÍSES INVISIBLES



Eduardo Lalo

LOS PAÍSES INVISIBLES

fórcola

Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Imagen de cubierta:

Detalle de una calle en Puerto Rico, El Viejo San Juan. Pixabay.

© Ediciones Corregidor, 2011

© Eduardo Lalo, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-32753-2016

ISBN: 978-84-16247-75-2

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

El viaje	11
La carretera número 3	69
El experimento	81
Textos citados	149

A mi madre

Al país invisible

Mi reino es el exilio.

Imre Kertész, *Diario de la galera*

Londres, 27 de julio de 2005

El mundo ya no es el mismo porque ya no es diferente. Cuando estuve aquí por primera vez, hace quince años, la calle Oxford no recordaba a un centro comercial de una ciudad insignificante como San Juan, con las mismas cadenas de tiendas, los mismos zapatos en las vitrinas, con idénticos restaurantes de comida rápida y tiendas de discos.

Los muchachos andaluces, italianos o polacos que se ven por las calles, llevan camisetas con textos en inglés (diseñadas en California, Roma o París, y no es casual esta mezcla de una región con capitales, pues estos ámbitos de menor extensión territorial, comienzan a importar más que las naciones), cuyos significados muy coloquiales probablemente desconocen o malinterpretan. Las han comprado en Londres o, quién sabe en qué lugar, pero sin duda han sido fabricadas en algún taller miserable de China o Pakistán. Toda tela comienza a producir la misma, única sensación en la piel y los dedos.

Viajo, por primera vez en muchos años, para comprobar que casi todo queda ya en mi ciudad; que *casi todo* (que cada vez es menos: menos objetos, palabras, conceptos) queda en cualquier sitio. El viaje comienza a ser imposible. Lo visible —que es lo que ha sido globalizado— crea un suburbio de dimensiones planetarias. El gueto y la urbanización universales han impuesto su moda, su *trend* efímero y banalmente catastrófico. El contenido del mundo, la posibilidad de ver *algo*, queda rezagada. Acaso sólo quede ver a los países invisibles. Es posible que en ellos se pueda encontrar una de las pocas vías a una frontera. O, tristemente, ya no quede nada, sino la copia ruin del original arruinado.

Es la primera vez que viajo tan lejos desde que tengo internet. Antes aprovechaba cada oportunidad, cada salida al extranjero para comprar libros con la consciencia de que disponía de muy pocas horas en las ciudades en que la oferta era enorme. Ahora no es igual. Mucho de lo que veo y me interesa ya lo conozco o lo poseo. Si encontrara algo que llamara mi atención, quizá sólo tendría que desplazarme mínimamente en mi ciudad o acceder a un portal de internet para adquirirlo. Sin embargo, la situación no posee simetría, pues se podría decir que no hay absolutamente nada de mi mundo aquí.

Descubro dos indicios. En la biblioteca del Museo Británico, con sus largas paredes cubiertas por estanterías con puertas de cristal, repletas de volúmenes antiguos y objetos de arte, con un claro sabor «antropológico», hay un extraordinario *dujo* taíno. La silla del cacique proviene de Jamaica, pero parece idéntica a las excavadas en República Dominicana o Puerto Rico. La bella curva de la madera, que forma el asiento y el breve respaldo, tiene en su extremo superior un diseño con tres círculos tallados y, en el otro extremo, la cabeza antropomorfa está rematada, y esto la hace una pieza fuera de lo común, con láminas de oro a la altura de los hombros y en los ojos. Debió de ser uno de los pocos objetos áureos que sobrevivió a la codicia de los primeros conquistadores. El *dujo* comparte la vitrina con vasijas de barro de Centro América y bellas macanas de madera, parecidas a las usadas por los taínos, provenientes de islas del Pacífico dejadas sin nombrar. La silla del cacique está mínimamente identificada y sólo se dice que fue hallada en una isla del Caribe y que fue hecha por el pueblo que poblaba las Antillas Mayores al momento de la llegada de Colón. Aparentemente se estima innecesaria una identificación rigurosa. La historia de esos pueblos que vivieron en el Caribe por milenios, es aquí una especie de residuo mínimo. Apenas cuentan las palabras, que aquí se asemejan tremendamente al silencio. Los taínos quedan aquí innombrados, confundidos con pueblos dejados también sin identificar, que poblaron las antípodas del planeta. Con éstos comparten, supuestamente, un

estado de «desarrollo» determinado por la ciencia antropológica, que ha creado este museo y que queda también sin mencionar y, por esto mismo, se comunica la noción de su intrascendencia. Quizá la única palabra clave, universalmente comprendida en el breve texto de la etiqueta, sea «Colón» y la certeza absoluta del exterminio de estos pueblos, que de tan evidente, no hace falta recordar. Todo, la etiqueta, la ubicación en la vitrina, la pobre iluminación, es casi una llamada a la *falta* de atención.

Cerca de Picadilly Circus hay un comercio que ofrece cambio de moneda y tarjetas para hacer llamadas telefónicas. Afuera, junto a su puerta, una larga fila de banderas se destaca en su umbral. Allí, para mi sorpresa, pues la invisibilidad de Puerto Rico está causada también por su inexistencia legal, ondea la bandera del país al que pertenezco, por el cual me distingo del resto de los habitantes del mundo. Parecería que la contundencia de la realidad (invisible o no) se cuelga por las rendijas; que a pesar de todo lo que contribuye a nuestra no-percepción, la fuerza de la vida no puede, del todo, ser aplacada.

«Los sumerios llamaron a aquellos que catalogaban las bibliotecas “ordenadores del universo”» (Steven Roger Fischer, *A History of Reading*).

El que ordena, por tanto, contribuye a «inventar» la «verdad», es decir, la realidad oficializada. La escritura, el ordenamiento que ella produce, es una marca indeleble. La palabra, que en su dimensión oral, tiene características que la convierten prácticamente en la definición misma de lo efímero, adquiere al *bibliotecarse*, el peso de una maldición. En este sentido, todo texto posee la crueldad del mal-decir, de la palabra *que ya no se lleva el viento*.

Steven Roger Fischer escribe:

«Las tabletas “hablaban” por los que eran poseedores de los sellos que aparecían impresos en ellas. Los jueces de Babilonia, por ejemplo, decían que el contenido de una tableta era su “boca” y, en consonancia, podían públicamente afirmar que habían “escuchado” a la tableta de un modo similar a lo que ocurre hoy con las declaraciones juradas. No había controversia o contra

interrogatorio; el negar lo que decía el sello era motivo de severos castigos. La voz escrita equivalía a la voz.»

Leo un texto de Ray Monk, el biógrafo de Wittgenstein: «Desde 1929 y hasta su muerte en 1951, Wittgenstein fraguó una manera de hacer filosofía que no tenía precedentes en la historia de la disciplina. Era una manera de acercarse a la filosofía que procuraba mantenerse fiel a la intuición que había tenido en el *Tractatus* de que la filosofía *no podía* ser una Ciencia o algo que se asemejara a una ciencia. No es un cuerpo de doctrina sino una actividad, la actividad de aclarar las confusiones causadas por los embrujamientos causados por la lengua.»

¿No será la condición de invisibilidad el «embrujamiento» («bewitchement») del lenguaje, es decir, el efecto de sus grandes discursos: histórico, literario, político en los pueblos que *han sido escritos* por Otros? ¿No constituirá nuestra tarea la de *exorcizar* la condición que hace que, lo que esté frente a ciertos ojos, se convierta en una estructura opaca que borra sus contornos y, que aún así, paradójicamente, da un mensaje que se pone en papel, con la actitud esencialista del escriba, y que dice en un diálogo de sordos: «Esto que no ves basta y sobra para no ver más» y «Esto que no te ve y ves es el mundo, no hace falta añadirle nada a lo que ya te incluye como un olvido»?

«Desde sus inicios la escritura en Egipto sirvió dos propósitos: la administración y la monumentalidad» (Steven Roger Fischer, pág. 32).

Reflexiono sobre la duración del tiempo en el viaje. Apenas llevo tres días en Londres y parece mucho más, como si en un corto lapso de tiempo hubiera agotado el espacio de la ciudad. Lo mismo ocurre con las dimensiones temporales más pequeñas. Los minutos parecen interminables, extensamente aprovechables. Un cuarto de hora de espera adquiere la seriedad de un día perdido. Apenas duermo cinco horas, como si me dedicara al empleo máximo de la luz del sol. Lo que hice hace una hora parece haber acontecido ayer.

Fui hasta el Highgate Cemetery donde está la tumba de Carlos Marx. Mi propósito al ir allí nada tenía que ver con ella. Llevo meses fotografiando cementerios en Puerto Rico y resulta lógico que el interés se extienda a Europa. Ayer lo hice en un viejo cementerio de Cambridge y encuentro obvias diferencias e impactantes paralelos formales en las maneras en que el olvido (y la vegetación) crecen sobre los muertos.

A poco de entrar, mientras cerraba el diafragma frente a una tumba, me interrumpieron dos japoneses a preguntarme si la persona era famosa. Les expliqué que no lo sabía (tampoco me interesaba averiguarlo), y que tomaba la foto motivado por otras razones. Los volví a encontrar a unas decenas de metros, junto a un grupo de amigos, tomándose fotos en poses ridículas, frente a lo que no podía ser otra cosa que la tumba de Marx. Pasé de largo, esquivando a los fotógrafos de pequeñas cámaras digitales, preguntándome por qué la tumba del padre del socialismo científico les producía una hilaridad aparentemente tan poco oriental. Después volvería, cuando el monumento estuviera vacío.

Recorrí el cementerio inolvidable. Alrededor de mí yacían tumbas cavadas en torno a 1850. El tiempo y la vegetación extraordinariamente tupida, les concedía la belleza libre de lo abandonado. Las raíces de los árboles, que crecieron alrededor de las lápidas por bastante más de un siglo, las sacaban de la perfección horizontal con la que fueron creadas, y ahora se proyectaban al cielo en una multitud de ángulos. Me adentré por estrechos y casi imperceptibles senderos descubriendo entre las enredaderas verdaderos bosques de lajas de mármol. Era un lugar para una emoción intensa y pacífica, como sólo puede crear el olvido de los hombres. Por ello es por lo que ciertas ruinas son bellas, porque han sido desmemoriadas, nadie tiene que ver con ellas, nadie las hace demasiado humanas.

Una hora más tarde, regresé a la tumba de Marx. Una enorme y grotesca cabeza de bronce, sin cuello, corona el monumento como un tomate clavado en un lápiz. Era la única de este tipo que había visto en todo mi recorrido. Alguien había dejado en su base un ramo de flores con el precio y el código de barras plenamente

visibles. La ironía de la imagen, era tan cruda, que no mereció ni siquiera una foto.

Era evidente que la tumba de Marx había sido diseñada para que la naturaleza no la invadiera. Era un *memorial*, un lugar para la extensión indefinida del recuerdo. Resultaba, por esto mismo, poderosamente horrible. No hay nada menos presentable que esta fe en la inmortalidad, que esta eternización de los efímeros intentos humanos. La obra del filósofo ha sido dañada (acaso para siempre) por los que pretendieron transformar la realidad con ella, por todos sus *Lenins*.

En el Highgate Cemetery la belleza abundaba, excepto en la tumba de Carlos Marx.

Venecia, 2 de julio

Imagino que alguna vez esta ciudad tuvo vida propia, algo que la distinguía y hacía posible la belleza. Hoy Venecia es de los turistas y los venecianos han perdido su ciudad por haberla entregado a aquel que viene, toma fotos, compra máscaras de carnaval o cristal de Murano, come pasta y se va convencido de que ha visitado la ciudad más romántica que haya conocido, porque esto es lo que se supone que piense, sienta y diga obligado como está a ser feliz aquí. Venecia ha muerto, como tantas ciudades, pueblos e incluso montañas, ríos, mares y otras topografías célebres, al hacerse hipervisible. Hay tantos ojos en la ciudad, que la mirada se hace imposible. Tantos ojos buscando el documento fotográfico que pruebe que alguna vez en sus vidas estuvieron en los clisés visuales de una supuesta vía regia por la civilización de Occidente. La visibilidad extrema y cegadora permite el no-pensamiento. Lo que importa es estar aquí, en el artículo genuino que se ha convertido en copia de sí mismo, en parodia sin ironía, en fealdad. La belleza no es solamente una construcción formal, sino que además es una emoción; emoción que surge por el encuentro de la mirada con el mundo (es así por lo que la belleza puede encontrarse en cualquier parte, incluso en las personas o los lugares

menos agraciados). Venecia se ha convertido en una tautología, en una monumental construcción que certifica, más allá de toda duda, que las imágenes de la ciudad que se han esparcido por el mundo no son virtuales, sino que poseen la autenticidad del original convertido en copia de su copia.

Hace unos años tuvieron cierta notoriedad los análisis de los fenómenos de Disney World o de los casinos de Las Vegas, adonde acuden gentes de los más diversos países a ver, entre otras cosas, visiones idílicas e higienizadas de los lugares canonizados del mundo. Los sarcasmos teóricos que le eran dirigidos a estos complejos turísticos eran fáciles y hasta cierto punto auto-complacientes, si se toma en cuenta que venían muchas veces de asentados franceses e italianos que se daban el lujo de pensarse por encima del fenómeno. Sin embargo, ¿estas calles que recorro, no resultarían muy parecidas a esas construcciones de lo turístico, cuando los originales, Venecia en este caso, se han convertido en víctimas de sus imágenes hipercopiadas? Tanto el exceso, como la falta de mirada y discurso, crean la condición invisible. (Dos invisibilidades: la del exceso de imágenes y la de su ausencia. En ambos casos estamos ante problemas de óptica, es decir, ante problemas teóricos que establecen las fronteras de la realidad.)

El mundo avanza hacia la exclusión del acto de mirar. El que mira con entrega (el fotógrafo, por ejemplo) se da cuenta de que progresivamente se van perdiendo los grises y los ojos se cierran. Al final quedarán como polos, extremos en un registro predeterminado, Venecia y Ruanda, la presuntuosa belleza y el vacío horror, y estas imágenes sin dinámica, que se resumen en un eterno presente digital, constituirán lo invisible. (El que una de sus manifestaciones sea muy rentable para los agentes de viaje y la otra no, es un detalle que poco contrarresta la creciente tiranía de una mirada agotada que encuentra, lo que otro impone, en todas partes.)

Vi en la vitrina de una librería la traducción al veneciano de *La Ilíada*. La separación entre el habla de la región y el idioma italiano, su pretensión al menos, constituye una búsqueda de visibilidad. En Venecia también (así es en muchas partes, pues

ésta es una de las características de la invisibilidad) la gente sufre *por ser de allí*, por vivir este momento histórico, después de que otro venció e impuso sus nombres y maneras. La relación entre el texto, la visibilidad y la invisibilidad se presta al delirio. Es más, no hay forma de que sea de otra manera, porque como lo demuestra el discurso visible de lo canónico, se trata justamente de convertir el desvarío en normalidad. No conozco lo suficiente el caso veneciano como para emitir una opinión, pero en esa vitrina están los que no se ven, inventando sus lecturas de los clásicos *para que los vean* en una paridad de condiciones (en este caso con el italiano, el francés, etc.), que difícilmente en un futuro, aun lejano, les será concedida.

Los domingos, en la Salizada S. Moise, cerca de la Plaza San Marco, por tanto a un paso del centro turístico de Venecia, se ubican docenas de inmigrantes africanos con copias de carteras de diseñadores. Aquí se pueden encontrar a una fracción del precio de los originales, las réplicas hechas en miserables talleres asiáticos de los carísimos Louis Vuitton, Chanel, Prada, Dolce e Gabbana, etc. La selección de la calle por los vendedores, que ponen sus mercancías uno junto a otro sobre el empedrado, en un cuadrado de tela blanca, no es gratuita. Los domingos, cuando las tiendas están cerradas, tienen a su espalda las vitrinas con las creaciones originales de los diseñadores más prestigiosos del mundo. Pues la Salizada S. Moise es la calle de la moda en Venecia y por aquí pasará, en los días útiles, la gran aristocracia internacional del dinero y masas de turistas de otras especies económicas, que se preguntarán, si a la hora de la hora, no es mejor esperar a la copia de los domingos. Y asimismo ocurre con las máscaras de carnaval, los trabajos en cristal, los colores «venecianos» que alguna vez parecieron originales y estuvieron vivos.

Al poco de regresar al hotel, después de pasar el día por las calles de Venecia, escucho una emisora que pone música en italiano. Son una serie de viejos éxitos que estoy seguro de haber escuchado en sus versiones castellanas, hace dos décadas o más, viajando por España. Me figuro, además, que algunas de estas viejas canciones se grabaron primero en inglés, en Estados Unidos, Gran Bretaña o incluso Suecia. Las melodías, que no tienen

otro atractivo que el de su facilidad, me devuelven a la avanzada adolescencia y la primera juventud. Como casi todos los jóvenes, tuve una aguda consciencia de las imágenes. La juventud es la época más idolátrica de la vida y la idolatría no es sino la creencia en la función extrarrepresentativa de la imagen. Es una extensión de la fe religiosa y, por ende, una manifestación de una trascendencia fallida. Poco a poco se va perdiendo la fe, pues se descubre que las imágenes, contrario a lo supuesto, están vacías. Sin embargo, su adelgazamiento, su aproximación con sospecha, es también una debilitación de la vida. Los días devienen un estómagο enfermizo que ya no puede recibir cualquier cosa.

Desconfiar de la imagen significa renunciar al mundo. Esta renuncia puede ser muy amplia en ciertos individuos, dirigiendo sus vidas a la contemplación de la obsolescencia de una realidad recubierta de perniciosos clisés. Así nos constituimos en testigos de un ocaso inmóvil. Ni siquiera la noche que no llega —esa otra imagen del fin— es ya digna de nuestra confianza ciega.

Me topo en Venecia (pero están en todos los lugares célebres del imaginario de Occidente, prácticamente sin hacer diferencias, orgullosos de haber llegado y pisado las mismas piedras que incontables personajes célebres) con los acumuladores de ciudades, con los plusmarquistas de monumentos. Poco importa si se trata de Praga, Egipto o Buenos Aires. Lo crucial es haber dedicado unos minutos a la comprobación de la existencia de la Gran Pirámide o la tumba de Gardel. Lo que importa es que la luz de estos sitios haya penetrado por el cristalino de sus bolas oculares y que por unos minutos comprueben lo evidente: que eso que habían visto tantas veces (en reportajes, libros, etc.) continúa en su lugar. Sus profundidades son del tipo: «Nunca lo imaginé tan grande (o tan pequeño)» y con frecuencia renuncian a cualquier desarrollo posterior, porque las palabras faltan ante tales magnificencias. Resulta fácil encontrarlos, a estos incansables exploradores de lo sabido. Aparecen sin falta por las mañanas en los comedores, dispuestos a devorar los desayunos, incluidos en la tarifa del hotel. Por donde quiera que pasan, el mundo se empobrece. Éstos son los que también han destruido Venecia. Para ellos vive la ciudad desde que decidió venderse.